

compraba elegantes botinas, satisfaciendo su vanidad pueril.

—Voy á paseo con los pies como pocas,—decía Juliana.

Su alegría era ir los domingos al paseo público y sentarse en un banco, con la orla del vestido un poco recogida para mostrar á todo el que pasara la puntita de su pie.

IV

A las tres de la tarde Juliana entró en la cocina, y rendida de fatiga, ssntóse en una silla de madera. Decía que estaba tan débil que no podían sostenerla las piernas. Dos horas le había costado arreglar el salón que parecía un establo. Un caballero había dejado ceniza de tabaco hasta sobre la mesa y era ella, la pobre negra, quien pagaba todo eso. Después se quejó del calor. ¡Era derretirse! Su piel amarilla relucía como untada de aceite.

—¿No está todavía la sopa?—preguntó con voz dulce.—Deme un sorbo de caldo señora Juana.

—Tiene usted hoy otra cara,—dijo la cocinera.

—¡Tengo tantas cosas! Vea usted; no me he dormido hasta el día, ya había salido el sol.

—¿Y yo? ¡He tenido una pesadilla! Un fantasma de fuego que me pasaba por encima del cuerpo y me daba cada patada en el estómago como el que estruja la uva en el lagar.

—Efectos de la digestión,—dijo Juliana sentenciosamente.

Después sonrió, enseñando sus dientes amarillos. La sopa que Juana vertía en una sopera, exhalaba

un olor de legumbres que le causaba una alegría golosa.

Extendió los pies, bien apoyada en la silla, gozando con la sensación de la tarde cálida y luminosa, por las dos ventanas abiertas.

El sol no daba ya sobre el alféizar, donde algunas pobres plantas encogían su follaje, seco por el calor sobre una tabla, en un rincón, verdegueaba, en panzudo tiesto, una mata de perejil bien cuidada. El viento mecía las rodillas puestas á secar en una cuerda. A lo lejos se extendía el azul vivo y centelleante como un metal y los árboles de los jardines tenían tonos calientes y en los tejados pardos se marchitaban algunos helechos raquiticos y las ruinas de tapias caídas, despedían un brillo duro.

—Esto abre el apetito,—dijo Juliana, removiendo su sopa con glotonería.

La cocinera, de pie, con los brazos cruzados sobre su opulento pecho, la miraba con placer.

—Lo que hace falta es que esté á su gusto.

—Está muy en punto.

Las dos sonreían de aquella intimidad, de las buenas palabras, cuando la campanilla de la puerta, que ya había sonado levemente, se dejó oír por segunda vez.

Juliana no se movió. Bocanadas de aire caliente entraban por la ventana. En el silencio se oía el hervor de la olla en la lumbre, y fuera, el martillo incesante de la fragua: algunas veces, el arrullo triste de dos tórtolas que vivían sobre el alféizar, en una jaula de mimbres, ponía en la ardorosa siesta una sensación de suavidad.

La campanilla sonó de nuevo, sacudida por una mano impaciente.

—Lláma con la cabeza, imbécil—dijo Juliana.

Las dos rieron, Juana fué á sentarse junto á la

ventana en una silla baja. Extendió sus grandes pies, calzados con zapatillas de orillo, y se rascó suavemente bajo los sobacos, con un dulce reposo.

La campanilla sonó violentamente.

—¡Será bestia!—gruñó Juliana tranquilamente.

Pero la voz irritada de Luisa llamó de abajo.

—¡Juliana!

—¡Ni aun puede una tomar un caldo tranquilamente! ¡Pesía de casa! ¡Que la peste la ahogue!—exclamó Juliana golpeando violentamente la mesa con el mango de la cuchara.

—¡Juliana!...—gritó Luisa.

—La señora se incomoda—dijo la cocinera volviéndose en voz baja.

—Que el diablo la lleve.

Limpióse con el delantal los labios grasientos de sopa, y bajó furiosa.

—¿No oía usted?—exclamó Luisa.—Hace una hora que están llamando.

Juliana abrió desmesuradamente los ojos. Luisa llevaba su bata nueva. Era de foulard color marrón, sembrado de lunares amarillos.

—Algo hay de nuevo—pensó Juliana atravesando el corredor.

La campanilla sonó de nuevo y en el descansillo apercibió *al individuo que venía para un negocio de minas*, vestido de claro, con una rosa en el ojal, y un paquete bajo el brazo.

Ello lo envolvió en una mirada rápida y brillante.

—Es el señor de ayer,—dijo con voz de pasma.

—Hágale usted entrar.

—¡Vamos, esto vá bien!—pensó Juliana.

Sus ojos brillaban. Subió á la cocina, y dijo, al abrir la puerta, con voz sofocada y satisfecha.

—El prójimo de ayer está otra vez aquí, y trae un paquete... ¿Qué piensa usted, señora Juana?

—Esas son visitas,—dijo la cocinera con indiferencia.

Juliana se rió secamente, sentóse y concluyó su caldo con presteza.

Juana cantaba, andando por la cocina, y el arrullo de las tórtolas continuaba lánguido y débil.

Vamos, vamos todo esto vá bien,—dijo Juliana.

Se limpió los dientes con la lengua lentamente, muy abiertos los ojos y la mirada fija, reflexionando. Después, quitándose el delantal bajó al cuarto de Luisa. Su mirada investigadora vió en seguida sobre el tocador las llaves de la despensa, que se habían olvidado. Podía subir, beber una copa de vino bueno, y coger dos cucharadas de dulce. Pero se hallaba devorada por la curiosidad. Andando sobre la punta de los pies, fué á situarse junto á la puerta que daba acceso al salón y esperó. El portier estaba echado por dentro, y apenas pudo oír la voz fuerte y alegre del caballero. Atravesó el corredor y fué á la otra puerta, cerca de la escalera; la llave estaba puesta y pegó su oído á la cerradura; el portier de dentro también estaba echado.

—Esos diablos han cerrado todo—pensó.—Le pareció que movían una silla, después, que cerraban una ventana. Sus ojos brillaron. De nuevo oyó el rumor de una conversación tranquila que continuaba. De pronto el caballero alzó la voz y entre las frases que pronunciaba, sin duda andando, Juliana oyó claramente estas palabras: ¡Tú, fuiste tú!

—¡Qué desvergüenza!

Un *tin, tin* tímido de la campanilla la hizo estremecerse y fué corriendo á abrir. Era Sebastián, rojo de calor, con el calzado lleno de polvo.

—¿Está Luisa?—preguntó enjugándose el sudor de la frente.

—La señora está con visita, señor Sebastián.

Y continuó más bajo atrayendo hacia sí la puerta.

—Un caballero joven que vino ayer. ¿Quiere usted que vaya á decirla que está usted aquí?

—No, no, gracias; adiós.

Y bajó lenta y discretamente. Juliana volvió á colocarse tras de la puerta, derecha, el oído pegado á la madera y las manos detrás de la espalda; pero la conversación en voz baja; sólo dejaba oír un murmullo apacible y confuso. Subió á la cocina.

—Ellos se tutean, señora Juana,—exclamó ella.— Eso llama la atención, continuó muy excitada y con voz ágría.

El señor salió á las cinco. Al oír Juliana abrirse la puerta salió á la escalera donde vió á Luisa inclinada sobre la barandilla dirigiéndose abajo y que á media voz y en tono íntimo decía:

— Bien, no faltaré. Adiós.

Tuvo un acceso de curiosidad, como un acceso de fiebre. Toda la noche en el comedor, en su cuarto, devoró á Luisa con miradas ávidas, brillantes como relámpagos. En cuanto á Luisa, se había puesto un peinador usado y parecía tranquila é indiferente á todo.

—¡Qué disimulada!—pensó Juliana.

Ante esta natural actitud, su deseo de sorprender una intriga se impacientaba como ante un cajón cerrado con llave.

—¡Déjate, déjate,—se decía.—Yo te cogeré, desvergonzada!

Le parecía que Luisa tenía los ojos fatigados. Estudiaba sus actitudes, el sonido de su voz. Cuando la vió ponerse dos veces del asado, se dijo:

—Esto le ha abierto el apetito.

cuando después de comer la vió recostarse en su *voltaire* con aire de cansancio, pensó que estaba derrengada.

Luisa quería café:

—Media taza, pero fuerte, muy fuerte.

—Quiere café, — fué á decir á la cocinera— y fuerte. ¡Es el diablo! Todas lo mismo, un rebaño atadas á la cola la una de la otra.

* * *

Al día siguiente era domingo. Muy temprano, cuando Juliana se disponía á salir para ir á la iglesia, la llamó Luisa y á medio vestir, en la puerta de su cuarto, le dió una carta para doña Felicidad. Por lo general enviaba á decir lo que quería verbalmente y la curiosidad de Juliana se excitó con aquel sobre cerrado y lacrado, con una *L* gótica en medio de una corona de rosas.

—¿Tiene contestación?

—Sí.

Cuando volvió á las diez Luisa le preguntó si hacía mucho calor y si había mucho polvo. Sobre la mesa había un sombrero de paja obscura, adornado con dos rosas de musgo.

Respondió que hacía un poco de viento, pero que con seguridad cesaría después de medio día.

—Hay un paseo proyectado; vá á reunirse con el mozo—pensó.

Pero Luisa, todo el día vestida con peinador, no salió de su cuarto ó del salón, tan pronto leía recostada en el confidente, como tocaba distraídamente en el piano fragmentos de vals. A las cuatro comió, y poco después salió la cocinera. Juliana pasó la tarde en la ventana del comedor como tenía costumbre de hacer todos los días. Con su traje nuevo, las enaguas almidonadas y el cuello de los días de fiesta, apoyaba magestuosamente los codos sobre su pañuelo de bolsillo extendido en la barandilla del balcón. Frente á frente, los pájaros piaban de la higuera silvestre y á los lados del cercado que cerraba el terreno en construcción, se veían descollar ios sombríos tejados de las casas de dos calles paralelas: eran habitaciones pequeñas donde vivían mujeres, que por la tarde, en chambrá ó en garibaldina, con los cabellos grasientos de aceite, hacían media en la ventana hablando á los hombres ó cantando aires fastidiosos. Al otro lado el verdor de los jardines y la blancura de una tapia daban á este sitio el aspecto de una tranquila aldea. Nadie pasaba por allí: reinaba un profundo silencio, interrumpido tan sólo alguna vez que otra por el sonido lejano de un organillo que tocaba *Norma* ó *Lucía*, esparciendo una vaga melancolía. Juliana continuó inmóvil hasta que los rayos del sol poniente empezaron á palidecer, y los murciélagos á volar.

Al dar las ocho, entró en el cuarto de Luisa. Quedó sorprendida al verla con el sombrero puesto.

Había encendido por sí misma las luces de la habitación, y las bujías del tocador. Sentada en el borde del sofá, se ponía los guantes lenta y distraída.

Su rostro, ligeramente cubierto de polvos de arroz, revelaba impaciencia.

—¿Ha calmado el viento?—preguntó.

—Sí, señora; hace buena noche.

Un poco antes de las nueve, paró un coche á la puerta. Era doña Felicidad; entró muy calmada, abanicándose. ¡Qué calor! Todo el santo día estuvo ahogándose. Ni aun por la noche se sentía la más ligera brisa. Había preferido un carruaje descubierta, á un cupé donde seguramente se hubieran ahogado. Juliana iba y venía por la estancia, poniendo los muebles en orden, llena de curiosidad, espiando con la mirada y con el oído. ¿A dónde irían? Doña Felicidad, cómodamente sentada en una butaca, charlaba sin tregua. Contó la indigestión que había tenido el día anterior por haber comido cáscara de guisante, y después cómo la cocinera había querido robarla, y una visita que la había hecho le condesa de Arruella...

Al fin, Luisa, dijo bajando su velillo blanco:

—Nos iremos, doña Felicidad. Se hace tarde.

Juliana fué á alumbrar. Estaba furiosa. ¡Salir dos mujeres solas de noche, en carruaje de alquiler! ¡Qué desvergüenza! ¡Y si una criada se entretenía en la calle media hora, ponían el grito en el cielo!... ¡Borrachas iguales!

Subió á la cocina para contárselo á su compañera, pero Juana, sentada en una silla, dormitaba.

Había estado con su Pedro en el alto de San Juan. Paseando toda la tarde por el cementerio; admirando las tumbas; deletreando los epitafios, y abrazándose en los rincones sombreados por los sauces. Luego pasaron un rato en casa de la Serena, y finalmente, habían entrado en la taberna de Espregueira á echar una copa.

¡La tarde fuera completa! Juana estaba derrenga-

da del sol, del polvo, de admirar las tumbas, del novio y del vino. Solamente deseaba tirarse en la cama.

— ¡Eso es! vaya usted á hacer la marmota. ¡Por qué poca cosa se fatigan estas mujeres!

Furiosa por quedarse sola, sentía sublevarse el corazón á la idea de su cubil abrasado. Musitando baja al cuarto de Luisa. Apagó las luces, y abrió la ventana. La atmósfera estaba sombría, pesada. Sacó al balcón una butaca, y se dispuso á pasar la noche con los brazos cruzados, bien repantigada.

El estanco todavía no se cerrara. Su luz débil, y triste como la estanquera, se reflejaba en el suelo de la calle. Las ventanas vecinas estaban abiertas. A través de algunas, se adivinaban melancólicas veladas. En otras donde se distinguían bultos inmóviles, brillaba de vez en cuando la lumbre de un cigarro. Más allá, resonaban toses, y el mozo de la tahona, en el silencio de la noche, rasgueaba blandamente su guitarra.

El vestido de Juliana era de una tela clara, y dos individuos que estaban delante de la puerta del estanco, levantaban de tiempo en tiempo la vista hacia el balcón donde se destacaba la forma blanca de una mujer. Esto regocijaba á Juliana. Sin duda la tomaban por dueña de la casa, por la mujer del ingeniero. La miraban, la deseaban y bromeaban á propósito de ella. Uno de aquellos hombres llevaba sombrero de paja y pantalón blanco. Eran dos gomosos.

Con los brazos cruzados y los pies extendidos, Juliana saboreaba aquella contemplación.

Unos pasos que oía calle arriba, se detuvieron en la puerta. Sonó un ligero campanillazo.

Juliana preguntó con disgusto:

—¿Quién es?

—¿La señora está?—dijo la gruesa voz de Sebastián.

—Ha salido en coche con doña Felicidad.

—¡Ah! Entonces buenas noches.

—Buenas noches, señor Sebastián, — gritó Juliana.

Y después, cuando ya le vió bajar la calle, continuó con afectación.

—Mis recuerdos á Juana. ¡No se le olvide!

Quería demostrar intimidad; y que los dos gomo-
s la tomasen por la dueña de la casa.

Entre tanto, doña Felicidad y Luisa llegaban al paseo.

Era una *soirée* de beneficencia; desde afuera se oía el murmullo lento y monótono y se veía elevarse una nube de polvo amarillo.

Entraron, y más allá del Estanque, encontraron de pronto á Basilio.

—¡Qué feliz casualidad!—exclamó con acento sorprendido.

Luisa enrojeció y lo presentó á doña Felicidad.

La excelente señora le saludó con una inflexión de talle particular é infinitas sonrisas; se acordaba mucho de él, pero si no le hubieran nombrado, no le hubiera conocido. Le hallaba muy cambiado.

—Los trabajos, señora...—é inclinándose, añadió: —y la vejez, sobre todo la vejez,—continuó riéndose y golpeando con su bastón las piedras del estanque.

Las luces de gas se reflejaban y serpenteaban á una gran profundidad en el agua oscura. El follaje de los árboles estaba inmóvil y de un color verde descolorido que parecía artificial. Entre las dos largas hileras paralelas de árboles mezquinos, entremezclados de luces de gas, una muchedumbre compacta se movía, oprimida entre nubes de polvo; so-

bre el ruido que hacía todo el mundo, los sonidos metálicos de la orquesta cruzaban el pesado aire con el ritmo vivo de un vals.

Se hallaban parados hablando.

¡Qué calor!... y al mismo tiempo, ¡qué noche tan bella!... ¡Ni un soplo de aire!

Miraban á los que iban entrando: dos jóvenes con el pelo muy rizado y los pantalones de color flor de romero, fumando ceremoniosamente los cigarros de los días de fiesta; un oficial con la cintura oprimida como si usara corsé y el pelo combado, acompañando á dos jóvenes de cabellos rizados, que al andar mostraban, bajo la ligera tela de sus vestidos sin gusto, los huesos de sus omoplatos; un eclesiástico de tez amarillenta, con el cigarro en la boca y anteojos azules, cuyos cristales brillaban; dos colegiales, balanceándose al andar para darse aire de seductores; el triste Javier, el poeta; un joven vestido con una chaqueta, un bastón grueso en la mano, el sombrero en la nuca y los ojos brillantes con resplandores de vino; Basilio reía al ver dos pequeños conducidos por su papá alegre y contento, vestidos aquéllos de azul claro, con cinturón escarlata, shakós de lanceros, botas húngaras y aire soñoliento.

Un individuo de alta estatura pasó al lado de ellos y volviéndose, fijó en Luisa una mirada lánguida y prolongada; tenía una palidez grasienta y llevaba una larga luchana; el cuello de su camisa estaba muy abierto y fumaba una enorme pipa que representaba un zuavo.

Luisa deseaba sentarse.

Un pillete de blusa sucia como una arpillera, corrió á buscar sillas y se sentaron al lado de una familia compuesta de la madre, el padre y tres hijas, que sentados en completa inmovilidad, miraba acá y allá con tristeza silenciosa.

—¿Qué has hecho hoy?— preguntó Luisa á Basilio. Respondió que había estado en los toros.

—¡Cómo! ¿Te gusta eso?

Basilio confesó que se había aburrído. A no ser por las volteretas y saltos de Peisinho, se hubiera muerto de fastidio.

Los toros eran blandos. Los ginetes desgraciados en sus ataques. ¡Ah! ¡las corridas en España! ¡Eso, sí!

Dofia Felicidad protestó. No se debía decir semejante cosa. ¡Qué horror! Ella había visto una en Badajoz cuando visitó á su tía Francisca de Noronha, que residía en Elvas y se había desmayado. La sangre, las tripas de los caballos... ¡Puál!

Hizo un gesto de repugnancia y de disgusto.

—Qué diría usted, señora, si viera las rifias de gallos?— dijo Basilio sonriendo.

Dofia Felicidad había oído hablar de ellas, pero esas diversiones le parecían bárbaras y antirreligiosas y recordando un placer que llevó á su larga faz una sonrisa, continuó:

—Para mí no hay nada comparable al teatro.

—¿Pero trabajan aquí tan mal!—replicó Basilio con desconsuelo.

Dofia Felicidad no respondió; á medio levantar de la silla, con la mirada húmeda y brillante, se esforzaba en hacer saludos con la mano.

—¡No me ha visto!—gritaba con aire desesperado.

—¿Es el Consejero?— preguntó Luisa.

—No. Es la condesa de Alviella. No me ha visto. Va con frecuencia á la iglesia de la Encarnación: soy su amiga; es un ángel. Está con su padre político.

Basilio no separaba de Luisa su mirada. Bajo su velo blanco en aquella atmósfera pesada, llena de polvo, su rostro tenía líneas suaves y vapórosas. Sus ojos, oscurecidos por la noche, rubios y riza-

dos, rodeaban su pequeña cabeza, dándole una gracia infantil y amorosa, y los guantes gris perla hacían resaltar, sobre el vestido negro, el contorno elegante de las manos, que sobre las rodillas, con el abanico, salían de un encaje hueco que rodeaba la delicada muñeca.

—Y tú ¿qué has hecho?— preguntó á su vez Basilio.

Se había fastidiado muchísimo, sola todo el día.

También él había pasado la mañana echado en un sofá leyendo *La mujer de fuego*, de Belot.

—¿Lo has leído?

—No. ¿Qué es?

—Un libro nuevo, pero algo atrevido; te aconsejo que no lo leas.

Dofia Felicidad confesó que estaba leyendo *Rocamboles*, porque se lo habían ponderado mucho. Pero era tan confuso, que no lo comprendía y olvidaba al día siguiente lo que había leído la víspera. Lo iba á dejar, porque había observado que aquella lectura aumentaba sus malas digestiones.

—¿Está usted enferma?— preguntó Basilio con el interés de un hombre bien educado.

Dofia Felicidad, aprovechó la ocasión para contar las fases de su dispepsia. Basilio, la aconsejó el uso del hielo, felicitándole porque en aquel momento, las enfermedades del estómago, eran muy *chic*, y preguntándole detalles con interés.

Dofia Felicidad, los prodigó, tratando de demostrar por sus palabras, por la animación de su mirada y su afectuoso acento, la viva simpatía que sentía por Basilio.

—¿De modo, que usted, me aconseja ensayar el hielo? ¿Con un poco de vino, por supuesto?

—Sí, con vino.

—Debe ser muy bueno,— exclamó doña Felicidad,

tocando con su abanico el brazo de Luisa, llena de júbilo y esperanza.

Luisa sonrió é iba á responder, cuando vió al individuo pálido, que fijaba en ella miradas lánguidas con una obstinación inconveniente. Volvió la espalda y el individuo se alejó, enroscando la punta de su luchana.

Luisa hablaba poco; el movimiento tumultuoso y monótono de los paseantes, la tibieza de la noche, el calor producido por la aglomeración de gente, bajo la influencia del follaje que la rodeaba, llenaban su sér de mujer casera, de un sopor que no carecía de encanto, de la inerte delicia y blandas dulzuras de un baño tranquilo. Vagaba en sus labios la sonrisa y en sus ojos la languidez, y le costaba trabajo mover las manos para abrir el abanico.

Basilio, notaba su silencio. ¿Tendría sueño?

—Desde que está sin su marido,—dijo doña Felicidad sonriendo levemente,—hace esta triste figura.

—¡Qué locura!—respondió Luisa, mirando instintivamente á Basilio.—Todos estos dias, he estado muy alegre.

—Ya sabemos, ya sabemos bien,—insistió doña Felicidad,—que ese coranzoncito, está en el Alentejo.

—No querrás, creo yo, que me ponga á saltar y á gritar en el paseo,—dijo Luisa impaciente, imprimiendo al abanico un movimiento brusco.

—Está bien, no te incomodes,—dijo doña Felicidad.—¡Qué gentil carácter!—continuó dirigiéndose á Basilio.

—La prima Luisa, tenía antes un carácter terrible. Ahora no sé.

—Es una paloma, una palomita. ¿No es verdad? Una paloma,—insistió doña Felicidad, envolviéndola en una mirada maternal.

Ente tanto, la familia, taciturna, se levantó sin hacer ruido, y con aspecto de sonámbulos, las hijas delante y los papás detrás, se alejaron lenta y tristemente.

Basilio, tomó inmediatamente una silla al lado de Luisa y viendo á doña Felicidad, pasear su mirada distraída por un lado y otro:

—He estado á punto de ir á verte esta mañana,—le dijo en voz baja y tono confidencial.

—Y ¿por qué no has venido?—respondió Luisa elevando la voz á su tono natural.—Hubiéramos hecho música.

Basilio, no respondió y se puso á retorcerse el bigote. Doña Felicidad, quería saber qué hora era. Empezaba á impacientarse. Esperaba haber encontrado al Consejero y para parecerle bien, se había oprimido, lo que era un sacrificio. Acacio no venía, el gas, empezaba á incomodarle y el despecho de esta ausencia aumentaba las torturas de la digestión. Desde su silla, apercibía con ojos muy abiertos, el gentío que circulaba sin cesar, con ruido monótono, levantando con sus pisadas el polvo.

La orquesta, rompiendo con gran refuerzo de cobre, dejó oír los primeros compases de la marcha de *Fausto*. Esto la reanimó. Era un pot-pourri de la ópera y ninguna música prefería á ésta.

Preguntó á Basilio, si estaría en Lisboa, para la apertura de San Carlos.

—No sé, señora,—respondió con intención, volviéndose un poco hacia Luisa,—eso depende...

Luisa, permaneció silenciosa, inmóvil. La gente aumentaba. En los paseos laterales más largos, más frescos, sin mecheros de gas, paseaban bajo la penumbra de los árboles, los tímidos, los enlutados y los que llevaban trajes usados. Y todos los burgueses domingueros, se acumulaban en el paseo del cen-

tro, amontonándose en el pasillo formado por las filas compactas de sillas, moviéndose con la lentitud de una masa mal fundida, arrastrando los pies presos, en grupos cerrados, con el gaxnate seco, y como sin voz, iban y venían incesantemente de arriba abajo, con un balanceo lánguido y ruidoso, sin júbilo, sin expansión, en esa confusión pasiva que place á las razas holgazanas; á pesar de las infinitas luces y del estrépito de una música de aire; por todos lados circulaba un triste fastidio, que penetraba como la nieve; el polvo fino, se posaba en las carnes y les daba tonos inciertos y borrados, y cuando el tropel pasaba bajo los candelabros en las zonas de luz viva, se leía en todas las caras un no sé qué de tristeza y de cansancio, como la fatiga de un día de fiesta.

Enfrente, las casas de la calle Occidental, tenían en las fachadas, el claro reflejo de las luces del paseo; algunas ventanas estaban abiertas, las cortinas de tela oscura, se aclaraban por la luz de las lámparas interiores.

Luisa, recordaba el bienestar de otras noches de verano, reposadas y tranquilas. ¿Dónde? ¿Cuándo? Esto es lo que no recordaba. El movimiento de la gente le hacía replegarse en sí misma: y luego encontró enfrente de ella, contemplándola con aspecto lúgubre, al hombre de la larga luchana. Al lado de ella sus vecinos bostezaban.

Doña Felicidad, propuso dar una vuelta. Se levantaron y cruzaron lentamente la muchedumbre; las filas de sillas se apretaban unas contra otras y una infinidad de figuras á las que la luz del gas daba el mismo color amarillo, miraban fijamente ante ellas, con éxtasis de tontos.

Esta vista irritaba á Basilio; y como le era difícil avanzar, se propuso huir de este aburrimiento.

Salieron. Interin que él fué á comprar los billetes, doña Felicidad, se dejó caer en un banco, bajo un sauce llorón, exclamando con voz doliente:

—¡Ah, hija mía! ¡Creo que voy á estallar!

Pasó la mano por su estómago.

—¡Y el Consejero! ¿Qué me dices? ¡En verdad que no tengo suerte! Hoy que yo venía aquí...

Suspiró y continuó con una sonrisa:

—Tu primo, es verdaderamente simpático. ¡Y qué buenas maneras! Un verdadero *gentleman*. Se vé á primera vista.

Apenas salieron fuera, cuando declaró que ella no podía más y que le era preciso tomar un coche.

Basilio opinaba que era mejor subir á pie hasta la plaza de Loreto. ¡Hacia una noche tan agradable! Andar, probaría bien á doña Felicidad.

Al pasar delante de Martinho, propuso Basilio entrar á tomar helados, pero doña Felicidad, temía á las bebidas heladas y Luisa no se atrevió. Por las puertas abiertas del café se veían las mesas desiertas y los periódicos por el suelo.

En el paseo, recogían los pilletes, las puntas de cigarros.

En la plaza del Rocío, algunos se paseaban bajo los árboles: en los bancos, algunas figuras parecían dormir: acá y acullá, brillaban cigarros encendidos; otros pasaban con el sombrero en la mano abanicándose y el chaleco desabrochado: en todas las esquinas gritaban: "agua fresca del Arsenal", mujeres que atravesaban con un pañuelo de seda en los hombros, arrastrando largas faldas blancas, muy almidonadas, á juzgar por el ruido que hacían. Alrededor de la plaza, volvían lentamente los coches descubiertos. Era asfixiarse, y en la sombra de la noche, la columna que sostenía la estatua de don Pedro, tenía el pálido aspecto de una bujía colosal.

Basilio, iba pensativo al lado de Luisa. ¡Qué villa tan horrible! ¡Qué tristeza! ¡Qué fastidio! Recordaba el verano pasado en París; por la noche, subía tranquilamente en su faetón por los Campos Eliseos; centenares de victorias, bajaban rápidamente al ligero trote de sus caballos; los faroles de los coches, formaban en toda la avenida una hilera móvil de puntos luminosos. Lindas y blancas caras de mujeres reposaban recostadas en los almohadones, balanceándose por el movimiento de los elegantes coches: el ambiente, tenía una dulzura afelpada y cálida, los castaños, esparcían un aroma penetrante, y á los lados, entre los árboles, se escapaban torrentes de luz de los cafés conciertos, llenos de rumor, de una concurrencia alegre y de los bríos de las orquestas; en los *restaurants*, se oían risas; era el amor y la dicha en toda su intensidad: y más allá, á través de las ventanas de los palacios y los hoteles, medio ocultos por las cortinas de sedas, se apercibía la luz dulce y velada, que alumbraba las riquezas interiores. ¡Ahl! ¡Si estuviera allí!

Pero al pasar bajo la luz de las farolas, miraba á Luisa de soslayo. El delicado perfil de su prima, aparecía lleno de gracia, y de dulzura, envuelto en el velillo blanco del sombrero. El traje marcaba la curva de su pecho. En su andar, había una languidez ondulante, que daba á la línea gallarda de su talle, una voluptuosidad llena de promesas.

Le ocurrió la idea, y la dijo en alta voz: Era una lástima, que no hubiese en Lisboa, un *restaurant* donde poder ir á tomar un ala de perdiz rociada con una botella de *champagne frappé*.

Luisa no respondió; pero pensó interiormente que eso debía ser delicioso.

—¡Perdiz á estas horas!— exclamó doña Felici-
dada

—Perdiz ó cualquiera otra cosa.

—Fuera lo que fuera, á estas horas nos empacharía.

Subieron la calle Nueva del Carmen. Los mecheros de gas, alumbraban débilmente. Las casas viejas, confusas y negras, aumentaban la obscuridad. Una patrulla armada, bajaba paso á paso, sin ruido, sombría y siniestra.

En el Chiado, un granuja con blusa azul, les persiguió ofreciéndoles billetes de lotería; su voz aguda y plañidera, prometía la fortuna bajo la forma de muchos contos de reis. Doña Felicidad, se paró; tuvo tentaciones de comprar un décimo, pero se lo estorbó un grupo de borrachos. Venía hacia ellos, con el sombrero en la nuca, brusco el gesto, tropezando y provocando á cuantos les rodeaban. Luisa se refugió al lado de Basilio. Doña Felicidad, muy conmovida ya, había tomado su brazo. El grupo pasó aullando. Doña Felicidad, quiso que inmediatamente tomasen un coche. No hallaron ninguno hasta la plaza de Loreto. La buena señora con voz temblorosa, del miedo que la causaban los borrachos, no hacía más que contar accidentes, riñas con cuchillos, todo esto sin soltar el brazo de Basilio.

Se detuvieron breve momento á hablar. Un hombre pasó, retrocedió y se puso á vagar alrededor. Luisa reconoció los ojos de carnero del individuo del Paseo. Basilio llamó á un cochero. Las dos señoras montaron en el carruaje. Luisa, se volvió para ver á Basilio, inmóvil en la plaza, con el sombrero en la mano. Después se acomodó, puso los pies en el cojín, y mecida por el trote igual de los rocines, vió desfilas las casas oscuras de la calle de San Roque, los árboles de San Pedro de Alcántara,

las fachadas estrechas de la calle del Molino de Viento, los dormidos jardines de la Patriarcal.

La noche estaba tranquila, el calor suave; Luisa hubiera deseado, sin saber por qué, rodar siempre por las calles, ó en un camino sin fin, entre las verjas sombrías de lujosas quintas, balanceada por el movimiento del carruaje, sin preocupaciones. Luisa soñaba con una dicha que no distinguía claramente.

Un grupo pasó ante la Escuela Politécnica tocando en la guitarra el *Fado de Vimioso*. Aquellos sonidos penetraron en su alma como una ligera brisa, que agitaba dulcemente en su corazón el recuerdo de sensaciones pasadas. Un suspiro se escapó de sus labios entreabiertos.

—Un suspiro que va al Alentejo.—dijo doña Felicidad, tocándole en el brazo.

Luisa sintió agolparse toda la sangre á su rostro.

Cuando entró en su casa daban las once. Juliana salió á alumbrar la escalera.

—El te está dispuesto para cuando quiera la señora.

Luisa entró en su cuarto y salió poco después.

Habíase puesto un gran peinador blanco. Estaba muy cansada. Se extendió en su *voltaire*. Sentía venir el sueño, su cabeza vacilaba, sus párpados se cerraban. Juliana no traía el te. La llamó. ¿Dónde estaba?

Había bajado de puntillas al cuarto de Luisa y tomando la falda y las enaguas que su señora había dejado sobre el confidente, las volvía y revolvía examinándolas, oliéndolas con cierta secreta sospecha. Todo tenía el aroma vago de un cuerpo sano y caliente, una mezcla de sudor y agua de colonia. Cuando se oyó llamar con impaciencia, subió apresuradamente.

—Ya estaba servido el te, señora. Don Sebastián ha venido á las nueve.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Que la señora había salido con doña Felicidad. No he podido decirle á donde porque no lo sabía... Don Sebastián se ha estado hablando conmigo más de media hora.



En la mañana del siguiente día recibió Luisa un *bouquet* de rosas magníficas, de un rojo magenta obscuro, que le envió Sebastián.

El cultivaba esas rosas en su quinta de Almada, y algunos las llamaban rosas de don Sebastián. Luisa las hizo colocar en los jarrones de la sala. Después, como el cielo estaba cubierto, y el calor era sofocante, mandó abrir las ventanas.

—Veremos si hoy aparece el mirlo,—pensó Juliana.

El *mirlo* apareció efectivamente á las tres. Luisa estaba en el salón sentada al piano.

—Ese caballero de costumbre, ya está ahí,—vino á decir Juliana.

Luisa enrojeció, escandalizada de la frase.

—¡Ah! mi primo Basilio; que entre... ¡Oiga! Si don

Sebastián ó cualquiera otra visita viene, que pasen.

¡El forastero era su primo! Para Juliana habían perdido aquellas visitas todo interés. Su malignidad caía como una vela por falta de viento.

¡Era un pariente de la señora!

Lentamente subió á la cocina.

—Hay novedades, señora Juana. El lechuguino es un pariente. Según parece, es el primo Basilio... ¡Basilio! Nos ha llegado un primo á última hora.

—¿Quién podía ser ese hombre, sino un pariente? —observó Juana.

La otra no respondió.

Miró si las planchas estaban calientes, porque tenía una carga de ropa blanca. Como no lo estaban, sentóse al pie de la ventana. El cielo aparecía gris y la atmósfera cargada de electricidad y de agua. De tiempo en tiempo, ligera ráfaga de viento agitaba los follajes lejanos.

Juliana cavilaba.

—Solamente viene cuando el marido esta fuera...

¡Buena es esa! Cuando el lechuguino se va, ella queda preocupada, suspira, tiene ojeras. ¡Todo pasa entre familiar!

Sus ojos brillaron con júbilo maligno.

Las campanilla sonó muy fuerte.

—¡Qué suerte más perral! ¡Es día de audiencial

Bajó rezongando, dió un grito de sorpresa al encontrarse con Julián. El médico traía un libro bajo el brazo.

—Entre usted, don Julián; la señora está con su primo, pero ha dado orden de recibir.

Radiante de poder interrumpir el coloquio, abrió la puerta del salón.

—¡El señorito Julián!—gritó con voz aguda.

Luisa presentó á entrambos señores.

Basilio apenas se levantó del sofá. Con mirada de

irónica sorpresa examinó á Julián desde las greñas hasta sus botas mal lustradas.

—¡Qué salvaje!—dijo entre sí.

Luisa comprendió y sonrojóse avergonzada de Julián.

¡Qué idea formaría Basilio de los amigos de la casa en vista de aquel hombre desastrado, con el cuello mugriento y la levita raída y mal hecha! Instintivamente, por un sentimiento de femenil vanidad, su fisonomía adquirió un aire reservado, casi seco, como si aquella visita la hubiera sorprendido y aquel perjeño la hubiera indignado.

Julián comprendió vagamente que su presencia en aquel momento era enojosa. Con cierto embarazo dijo, acomodándose los anteojos:

—La casualidad me ha hecho pasar por aquí. Se me ocurrió subir para saber qué noticias tiene usted de Jorge.

—¡Gracias! Me ha escrito: está bien.

Basilio, hundido en el sofá, con abandono familiar, contemplaba sus zapatos de charol, y sus calcetines de seda bordados con puntos rojos.

Parecía distraído y acariciaba lánguidamente su bigote, alzando el dedo pequeño, en el que brillaban un zafiro y un rubí engastados en dos aros de oro.

La afectación de esta actitud y el brillo de las joyas ofendieran á Julián.

Entonces, queriendo demostrar su intimidad, dijo:

—Estos días no he venido á hacer á usted compañía porque estoy excesivamente ocupado.

—Mil gracias.

Luisa había enrojecido. Luego, procurando quitar toda importancia á esta familiaridad, arreglándose los pliegues de su bata, continuó:

—Estos últimos días no estuve buena del todo. No

ne recibido á nadie, exceptuando, como es natural, á mi primo.

Julián entendió confusamente que le reprendían. Sorprendido, atortolado, cruzó una pierna sobre otra, con el libro en las rodillas. Como el pantalón le estaba corto, se veía los elásticos de sus botas contrahechas por el uso.

Hubo un momento de penoso silencio.

—¡Qué lindas rosas!—dijo Basilio con negligencia.

—Muy lindas,—respondió Luisa.

Compadecida de Julián, sonrió y buscó una frase amable para resarcirle.

—¡Qué calor!—dijo por fin precipitadamente.—¡Es morir! ¿Tiene usted muchos enfermos?

—Colerinas. Las frutas son casi siempre la causa de esas indisposiciones al vientre.

Luisa bajó la vista. Basilio se puso en seguida á hablar de la vizcondesita de Aceias. La había dejado encantadora ¿Y qué había sido de la mayor de sus hermanas?

Esta conversación sobre señoras de la nobleza que Julián no conocía, le aislaba completamente y le humillaba. Sentía su cuello bañado en sudor. Maquinalmente abría y cerraba el grueso volumen de cubierta amarilla.

—¿Es alguna novela?—le preguntó Luisa.

—No. Es el tratado del doctor Lee sobre las enfermedades del útero.

Luisa se ruborizó y Basilio sonriendo le preguntó que había sido de Rafaela Grijó. Aquella señora que llevaba lentes y tenía un cuñado tartamudo...

—Su marido murió y ella casó después con su cuñado.

—¿Con el tartamudo?

—Sí, y tienen un niño tartamudo también.

—Será terrible una conversación en familia.

—¿Y doña Eugenia, la de Braga?...

En este momento Julián, no pudiendo resistir más se levantó.

—Tengo prisa, y no puedo detenerme más. Cuando escriba usted á Jorge, mis recuerdos,—dijo con voz ahogada.

Apenas hizo una inclinación de cabeza á Basilio, más no hallaba su sombrero que había rodado debajo de una silla, se enredó en el portier, chocó violentamente contra la puerta cerrada, y salió por fin furioso, deseando vengarse, odiando á Luisa, á Jorge y á la humanidad; encontrando muy tarde las ironías, las palabras, las réplicas con que debía haber aplastado á aquel necio y á aquella loca.

Apenas se oyó cerrar la puerta de la calle, Basilio se levantó cruzando los brazos.

—¿Quién es este salvaje?

—Es un muchacho médico,—balbuceó Luisa muy encarnada.

—Pero es un sér increíble, una especie de estudiante mal vestido.

—Pobre muchacho, no le sobra el dinero,—dijo Luisa turbada.

—No es necesario ser rico—replicó Basilio—para cepillarse el traje y limpiarse la cabeza y las uñas. ¡No debía ella recibir á semejante hombre! Era vergonzoso para su casa. Si era del gusto de su marido, que lo recibiera él en sudespacho.

Decía todo esto paseándose á lo largo del salón, con las manos en los bolsillos, sonando el dinero y las llaves.

—¡Son buenos tipos los amigos de la casa! Tú no te has educado de esta manera. Gentes así, jamás han frecuentado la calle de la Magdalena.

Esto era verdad. Luisa convino en ello. Le pareció que los lazos del matrimonio le habían traído

algo de las familiaridades plebeyas. Pero cierto respeto por las opiniones y simpatías de Jorge le hizo decir:

—Mi marido le cree hombre de mucho talento.

—Más valdría que tuviera botas.

—Yo lo encuentro por mi parte muy ingenioso,—dijo Luisa.

—¡Es horrible, pequeña!

Estas palabras hicieron latir su corazón. Así era como la llamaba otras veces. En medio del silencio volvió á sonar la campanilla de la puerta.

Luisa se turbó. ¡Gran Dios, si fuera Sebastián! Basilio le hallaría todavía más común, más vulgar.

Juliana vino á decir que era el Consejero.

—¿Le hago pasar?

—¡Claro está!—dijo Luisa radiante.

La espetada figura de Acacio se adelantó con su levita de alpaca y su pantalón blanco bien planchado que caía sobre unos zapatos bajos con lazos.

Apenas Luisa presentó á su primo Basilio, el Consejero dijo respetuosamente:

—Ya sabía que usted había llegado. Lo he visto en las noticias interesantes de nuestra *High-life*. ¿Y Jorge?

—Jorge está en Beja y según dice en sus cartas se aburre muchísimo.

—Efectivamente—exclamó con afabilidad Basilio.

—No me formo la menor idea de lo que uno pueda hacer en Beja. ¡Debe ser horrible!

—Como toda capital de provincia—observó el Consejero pasando sobre su bigote una mano blanca, en donde resaltaba una sortija blasonada.

—Pero si en Lisboa, que es la capital del reino,—dijo Basilio, estirándose los puños de la camisa—no se sabe qué hacer... ¡Es morir de fastidio!

—No digas eso delante del Consejero,—dijo Luisa

riendo, encantada de la afabilidad de Basilio. Es un gran admirador de Lisboa.

—He nacido en Lisboa,—dijo Acacio inclinándose —y aprecio á Lisboa, querida señora. Reconozco, sin embargo,—continuó con ingenuidad,—que no se la puede comparar con París, Londres ó Madrid...

—¡Oh! ciertamente—dijo Luisa.

—Pero—siguió el Consejero con orgullo—Lisboa tiene bellezas sin igual. La entrada de la barra, según dicen, porque yo no he estado nunca, es un panorama grandioso, rival de los de Constantinopla y de Nápoles, digno de la pluma de un Garrett ó de un Lamartine—continuó pomposamente.

Pero Luisa, temiéndose citas y apreciaciones literarias, le preguntó qué había hecho el domingo, y le contó que ella había estado en el Paseo con doña Felicidad, esperando encontrarle.

El Consejero declaró que nunca iba en domingo al Paseo. Comprendía que era muy agradable; pero el gentío le mareaba. Había notado,—y al decir esto su voz tomaba el tono de una revelación,—que muchas personas reunidas en un sitio, solían dar vértigos á los hombres entregados al estudio. Además, se lamentaba de su salud y de su trabajo abrumador. Estaba escribiendo un libro y tomaba las aguas de Vichy.

—Puedes fumar,—dijo Luisa de pronto á Basilio sonriendo.—¿Quieres fuego?

Ella misma se levantó dichosa y ligera. Llevaba una bota clara, un poco transparente, llena de frescura. Sus cabellos parecían más rubios, y su tez más fina.

Basilio encendió un cigarro, y humeándole acomodó en el sofá.

—El Paseo en domingo es sencillamente idiota.

El Consejero, reflexionó, y repuso:

—No sea usted tan severo, señor Brito. Antiguamente, es verdad, era una diversión más agradable que hoy. Ahora nada, absolutamente nada, puede reemplazar á la música militar: además hay la cuestión del precio de entrada. Yo la he estudiado mucho. Los precios bajos favorecen la aglomeración de las clases inferiores. Lejos de mí la idea de menospreciar esta parte de la población... Mis ideas liberales son bien conocidas... Apelo á esta señora; pero, en fin, es siempre preferible encontrar una sociedad escogida. Por mi parte, no voy al Paseo, puede usted creerme, ni aun cuando los fuegos artificiales. Esas noches voy á gozar del espectáculo, pero fuera de las verjas. No es por economía, sin ser rico, puedo permitirme ese gasto. Pero temo mucho á los accidentes que suelen ocurrir en los fuegos. Podría contar á ustedes la historia de un individuo, cuyo nombre he olvidado, á quién un cohete le agujereó el cráneo. Sin ir más lejos, una pavesa puede caer en la cara, sobre un vestido nuevo... Y es bueno ser prudente—terminó resumiendo y limpiándose la boca con un pañuelo de seda de la India muy doblado.

Después hablaron de la estación: muchas personas estaban en Cintra: ¡Era tan calurosa Lisboa en verano! El Consejero declaró que Lisboa sólo era imponente, verdaderamente imponente cuando estaban abiertos los teatros y las Cámaras.

—¿Qué es lo que tocabas en el piano cuando llegué?—preguntó Basilio.

—Si estaban ustedes haciendo música,—dijo en seguida el Consejero—suplico que sigan... Hace dieciocho años que soy abonado constante de San Carlos...

¿Es usted músico?—interrumpió Basilio.

—Lo fui, no lo niego. Cuando era joven tocaba la flauta. Tontunas de muchacho—dijo con un gesto bondadoso.—¿Tocaba usted algún trozo nuevo, Luisa?

—No; por el contrario, una cosa muy antigua: *La hija del pescador*, de Meyerbeer.

Luisa cerró las ventanas y se sentó al piano.

—Sebastián toca esto á la perfección. ¿Verdad, Consejero?

—Nuestro Sebastián—respondió el Consejero con autoridad—es un rival de Thalberg y de Listz. ¿Le conoce usted?—preguntó dirigiéndose á Basilio.

—No, no le conozco.

—Una perla.

Basilio se aproximó lentamente al piano con las manos en los bolsillos.

—¿Tú, todavía cantas?—le preguntó Luisa sonriendo.

— Cuando estoy solo.

El Consejero entonces le pidió una canción. Basilio se echó á reír. Temía escandalizar á un antiguo abonado de San Carlos.

El Consejero le animó. Decíale paternalmente:

—¡Valor, señor Brito! ¡Vamos, valor!

Luisa preludió. Basilio dejó oír su voz llena y bien timbrada, resonaban en el salón sus notas altas. El Consejero escuchaba atentamente. Su cabeza parecía inclinada bajo el peso de su responsabilidad de juez. Sus anteojos oscuros se destacaban bajo la calva frente que el calor hacía más pálida.

Basilio cantaba con una melancolía grave y apasionada la primera frase de la canción:

*Igual que el mar sombrío,
Mi corazón es hondo.*